

ese mueble y absolutamente ese mueble, ese coche é indefectiblemente ese coche, » ¿no es evidente, repito, que todo lo que el lujo se lleva de esta parte, lo roba al pobre que está desnudo, al pobre que tiene hambre, al pobre que nada tiene? Sería curioso calcular lo que sucedería para la dicha de los pobres, si el lujo de nuestros tiempos cercenase de repente sus gastos inútiles ó desafortunados. ¿Qué sucedería, por ejemplo, si todos los adornos, superflucos aun para la elegancia, viniesen á caer de un golpe en las manos de la miseria por un milagro de caridad universal? ¡Cuántos pobres quedarían vestidos con esos afortunados despojos, que cubrirían la miseria sin quitar nada al embellecimiento! Permittedme un solo ejemplo, que si bien es un poco extremado, es sin embargo histórico, y de la historia eminentemente actual. Una mujer, á causa de una de esas desgracias que nuestros progresos hacen muy comunes, vive separada de su marido, y recibe todos los años á su libre disposicion 130,000 francos, tratando á sus amigos con tal parsimonia que á todos admira; pero ella dice que se ve obligada á vivir con economía. ¿Cual es ese misterio? porque esto es verdaderamente un misterio. Señores, el misterio héle aquí: ¡120 mil francos pasan al vestuario! lo restante es para lo necesario, el rango, la posicion; y entónces ¿qué queda para el pobre? ¿donde está el presupuesto de la caridad? Vosotros veis que no lo hay. ¡El lujo lo ha devorado!

Dirán algunos: Esto es una exageracion; porque en todas ocasiones se encuentran hombres dispuestos á desembarazarse de las verdades severas con esta palabra triunfante: *es una exageracion*; exageracion en el hecho, sí; exageracion en el relato, nó: porque el relato es exactamente idéntico al hecho; á mas de qué, no es culpa mia, si á causa de los vicios de nuestra época se ven hechos contemporáneos que no son otra cosa que monstruosidades. Pero sea de ello lo que se quiera, disminuíd las proporciones, si así lo quereis; y entónces, si el resultado no es el mismo, es á lo ménos parecido: es la misma ley que se cumple: el lujo que devora en todo ó en parte el presupuesto del pobre.

Pero afortunadamente subsisten todavía la caridad y el sacrificio en una porcion escogida de la sociedad verdaderamente cristiana, para atenuar y minorar los efectos tan visibles que causa el lujo contemporáneo. ¡Ah! ¡bendito sea Dios! la caridad es viva aun entre nosotros,

y defiende la miseria de las injurias é insultos de un lujo egoísta y brutal. Pero en vano intentaríamos disimularlo: ese lujo en los vestidos, en las habitaciones, en el mueblaje y en los festines, que mas bien se diría ser de un pueblo pagano que vive bajo el imperio del egoísmo, que de un pueblo cristiano educado en la ley del amor; ese lujo, digo, tiene un no sé qué, que insulta tanto á la humanidad como al Evangelio, cierta cosa de inhumano. Ese lujo tan brillante, tan sedoso, tan elegante, tan pulido, es lo mismo que el tigre: debajo de su ropa lustrosa y cambiante lleva instintos feroces; es un monstruo que come el pan de aquellos que tienen hambre, y bebe las lágrimas de los que lloran. Así es, que sobre ese lujo, que se ostenta á la vista de los hambrientos; insolente, provocador, inhumano, mi ojo consternado cree ver en todas direcciones abundancia de lágrimas, por no decir de sangre: ¡tantos son los dolores que gimen, las miserias que sufren, y á veces vidas que mueren, víctimas todos de esos refinamientos crueles!

Pero me parece oír á cierta clase de gentes, que me detienen diciendo: Usted tiene razon; el lujo, cuando llega á cierto punto, agota los manantiales donde apagan su sed las miserias; esto es cierto. Pero usted no mira las cosas sino por un lado, y no considera que, si el lujo tiene el inconveniente de disminuir los dones, tiene de otra parte, por medio de todos los elementos de riqueza que despliega, la incontestable ventaja de propender por sí mismo á disminuir la miseria.

Mucho me temo, señores, que aquellos que me reprochan sobre este punto el que no miro la cuestion sino por un lado, no caigan un poco mas de lo que conviene en el mismo error que me echan en cara; y que ellos no miren este asunto sino por un lado, por el mas pequeño lado, no haciendo caso alguno del que es mayor. Pero como quiera que sea, hé aquí, señores, una idea que ha hecho en nuestra época una fortuna, fatal á los infelices. Dicen: el aumento del lujo es la disminucion de la miseria: lo dicen, y esto es incontestable; pero yo pregunto á este numeroso auditorio, ¿quien lo ha demostrado? Si hay aquí algun autor que crea haber hecho esta demostracion, yo le suplico por el amor de los pobres de Jesucristo, que nos haga conocer su libro.

En primer lugar, señores, yo podría decirlos, que el disminuir los dones voluntarios, hechos por aquellos que tienen, á aquellos que nada tienen, es una manera enteramente nueva de disminuir la miseria. Y

vosotros acabáis de ver, y os veis obligados á reconocer con toda la luz de la evidencia, que el aumento indefinido del lujo es la disminucion indefinida de los dones voluntarios; y que toda la seda, toda la púrpura, toda la plata y oro que el lujo pone en los vestidos, en los muebles y en los aposentos de los ricos, no es á propósito para cegar el inmenso abismo de la miseria popular.

Pero si esto es un hecho, dice un célebre economista, nada hay tan demostrativo como un hecho. Enhorabuena; pero ¿de qué hecho queréis hablar? ¿queréis decir acaso, que en realidad y ante nosotros mismos, el aumento del lujo, producido por los progresos de la industria, es la disminucion efectiva de la miseria? Entónces yo os preguntaré en presencia de lo que se está pasando: ¿estais seguros de ello? Nosotros tenemos tambien ojos para mirar, y un entendimiento para comprender la realidad existente. Pues bien, delante de la demostracion que se presenta á un mismo tiempo á la vista y al entendimiento, ¿os atreveréis á sostener todavía esa paradoja cruel, que el aumento del lujo en los ricos es la disminucion de la pobreza en los pobres?... ¡Ah! si tal fuera vuestro atrevimiento, lo juro por la verdad, la Europa entera se levantaría como testigo, y gritaría contra vosotros: en el oriente y en el occidente, en el mediodía y en el setentrion, y sobre todo en aquellos lugares en donde la industria moderna, y el lujo que ella fomenta, han tomado un incremento mas rápido y mas vastas proporciones, ¿qué es lo que no veríais en el instante mismo en que os hablo, si quisierais solamente fijar la vista en la superficie de las cosas? ¡Ah! vosotros veríais, que de las dos extremidades del mundo social se levantan dos humanidades, la una en frente de la otra; la una cubierta de púrpura, la otra cubierta de andrajos; la una que muestra al siglo el esplendor de un lujo nunca visto, la otra el oprobio de una miseria desconocida, desde el Calvario, de nuestros siglos cristianos... Vosotros apelais al hecho: hé aquí el hecho, el hecho existente, el hecho contemporáneo, el hecho inmenso, el hecho universal: él es la grande antítesis llena de amenazas, que se presenta á nuestros ojos abiertos y á nuestras almas despavoridas; la antítesis del lujo y de la miseria, que existe siempre en el mundo porque proviene de causas permanentes y generales; pero cuyo fenómeno aumenta cada día, y toma delante de nosotros unos caracteres que le son propios, porque

provienen de causas que nos son particulares, y que nacen del movimiento de la sociedad actual.

¿Y cuales son estas causas? porque para poner remedio al mal, es indispensable llegar hasta las causas que lo producen. Señores, estas causas son muchas, y ademas son complicadas: pero detras de las causas secundarias hay una mas general y mas profunda. Esta causa héla aquí: miétras que vosotros aplicais, para satisfacer el lujo, la mayor parte de las facultades humanas, os hallais sin fuerza para producir lo necesario. Las fuerzas humanas, que el trabajo y la produccion ponen al servicio del linaje humano, son limitadas: es preciso conceder esta verdad, ó negar el sentido comun. De ahí tenemos este resultado inevitable: cuantas mas fuerzas empleais para producir lo superfluo, tantas ménos os quedan para producir lo necesario; y por lo mismo, cuanto mas trabajais para el lujo de los ricos, tanto mas impotentes sois para trabajar para las necesidades de los pobres. ¡Ah! ya lo sé: vosotros ponderais el extraordinario poder de los tiempos modernos para multiplicar los productos, y hacer mas grande, como dicen vuestros poetas de la industria, el festin de la creacion. Sí; pero delante de esas maravillas que yo admiro, me veo precisado siempre á preguntarme: ¿Qué utilidad resulta de todo esto á mi hermano el pobre? Despues que vuestras enormes máquinas han funcionado, y realizado para el placer de los afortunados aquellos prodigios de que estais tan envanecidos, ¿tiene por ventura el pueblo ménos hambre? ¿Acaso no veis, que las creaciones de la industria moderna sirven principalmente para enriquecer á aquellos que ya son ricos, y las mas veces para arruinar á aquellos que ya son pobres? ¿Ni veis tampoco, que la grande industria funciona casi exclusivamente para fomentar el lujo, quiero decir, para multiplicar los goces de aquellos que ya gozan demasiado; y que los que tienen hambre, apénas recogen, para no morir, algunas migajas de esos banquetes que vosotros dais únicamente á aquellos que ya están demasiado hartos? ¿Por ventura no veis, que á medida que el imperio del lujo hace abundar lo superfluo, hace mas raro y mas inaccesible al pobre hasta lo necesario? ¿Tampoco veis, que jamas se ha temido tanto, como en este siglo de lujo asombroso, esta amenaza suspendida en todas partes sobre la sociedad presente: ¿Habrà pan? ¿Habeis temido jamas un año de carestía, tanto como ahora, en medio

de esa acumulacion de lo superfluo que en vosotros rebosa? ¿De qué proviene, que vuestra sociedad está expuesta á crisis periódicas que parecen tocarse las unas á las otras; y que cada lustro os trae casi infaliblemente una crisis rentística ó una crisis de trabajo, y sobre todo una crisis de subsistencias? ¿Y puede darse señal mas palpable de una perturbacion profunda y de un vicio radical en el movimiento que os arrastra?

Señores, tal es el curso de las cosas : aumento indefinido del lujo, aumento indefinido de la miseria : multiplicacion de lo superfluo, disminucion de lo necesario : esta es la realidad que os aprieta.

Y despues de esto, extrañad ese murmullo que se percibe de todas partes, en medio de ese esplendor que deslumbra á los tontos y da alegría á los codiciosos : extrañad, que una sociedad tan dichosa esté temiendo cada dia el desastre de mañana. Para hacer cesar este gran murmullo de las almas, y prevenir esas explosiones tan fatales, sería preciso hacer aceptar á las masas, que están luchando brazo á brazo con la miseria, el misterio pacífico de la resignacion en el dolor. Nosotros procuramos hacerlo con nuestras exhortaciones : ¿pero, como lo harémos aceptar al pueblo que sufre el peso de su miseria, cuando vuestro lujo le hace imposible el que se resigne á ella? Hace un año, cuando yo explicaba en este púlpito este misterio de la resignacion, dulce y consolador, el único que es capaz de precaver las tormentas sociales, dicen que se oyeron voces que decian desde el centro de la ciudad : « Id á la iglesia de Nuestra Señora; allí oiréis al predicador que toma partido por el rico, y no pide para el pobre sino la resignacion en su miseria. » ¡Ah! señores, Dios me es testigo : nó, al pedir, para aquel que sufre, la aceptacion del dolor por medio de la resignacion cristiana, nó, no tomamos nosotros partido contra el pobre ; sino que, en medio de todas sus privaciones y dolores, le traemos una postrera riqueza y una suprema consolacion. Y sin embargo, mi corazon comprende ese murmullo del pueblo contra la palabra que tiende á socorrerle. ¿Y por qué? Por la razon de qué, delante del espectáculo de vuestro lujo, que se ostenta á su vista despues que la palabra ha resonado en sus oidos, esta predicacion de la resignacion le parece como si fuera una burla. ¡Ah! por mas que nosotros prediquemos una y mil veces el misterio de la resignacion, y lo prediquemos aun como un

consuelo de las miserias del pueblo; el lujo, cuando llega á un cierto grado, hace moralmente imposible la resignacion á los desgraciados. Por apacible y sufrido que sea naturalmente un pobre (podeis creerlo), si él está cubierto de andrajos, no verá (sin murmurar) pasar por su lado la fortuna, arrastrando con su largo vestido treinta metros de seda; y si tiene hambre, no leerá sin una rabia sorda la descripcion de esos banquetes fabulosos que son la historia de nuestro tiempo, y en los qué, segun su opinion, la prosperidad se nutre de sus miserias, y hace servir de bebida sus lágrimas.

Tales son los efectos que actualmente se ven, y que produce infaliblemente el aumento de vuestro lujo. Él agota con sus gastos inmoderados los manantiales de la caridad, y cubre, con esplendores fingidos, tantos abismos de miseria que se abren cada dia mas en el fondo de la humanidad, á medida que vosotros adornais y embelleceis mas la superficialidad. Él irrita al pueblo que sufre, con sus contrastes insolentes del fausto y de la miseria que se encuentran cara á cara; y haciendo cada dia mas imposible á los desdichados la aceptacion de la miseria y la resignacion en el sufrimiento, deja en el fondo de las almas furoros siempre dispuestos á reventar á la primera señal, y que amenazan á la sociedad moderna de una conflagracion universal.

III. ¿Y como podremos prevenir este incendio? ¿como conjurar estas tempestades, que amontonan al rededor de nosotros el movimiento de las cosas y los vientos del siglo? Señores, á mí no me gustan tergiversaciones, y por lo mismo declaro sin rodeos, que es indispensable, para salvarnos, una *reaccion* contra el lujo.

Pero nó, dicen pensadores profundos, nó, no conviene oponerse al lujo; es menester, para salvarnos, aumentarlo cada dia mas; es preciso, por medio del aumento de gastos, del bienestar, de lo confortable y del lujo, impedir que los brazos se paren, que el numerario suspenda su curso, que el comercio languidezca, que los cuerpos tengan hambre, que las almas murmuren, y que los corazones aborrezcan. Es decir, que para curarnos el mal, quereis vosotros aumentarnos el mal.

Ah! yo no soy un sabio, lo confieso con ingenuidad : yo entiendo muy poco el idioma sublime de los calculistas, y apenas llevo á ver bien en las profundidades de la economía contemporánea : pero yo que nada sé, nada sino Jesucristo crucificado; yo, que no conozco sino un poco

los misterios de Belen y la ciencia del Calvario, me atrevo á declararos que este proceder no os saldrá bien, que este remedio no os curará. Para salvaros ¿qué debe hacerse? Deben atacarse en su raíz los males que os amenazan y que yo os he indicado : es preciso detener ese torrente tres veces formidable del orgullo, del sensualismo y de la codicia.

Ahora bien, y no lo olvideis; el lujo es á un mismo tiempo el efecto simultáneo y el alimento perpetuo de estas tres concupiscencias. El lujo es el orgullo que crece, es la codicia que redobla, es el sensualismo que aumenta todos los dias. Producto natural de las tres concupiscencias, él las reproduce á su vez, y ejerce continuamente su accion sobre sus propias causas para precipitar la sociedad hácia su decadencia por medio de estas tres propensiones de la humanidad. Y ejerciendo así el lujo su accion sobre las causas que le dan el ser y contribuyen á su desarrollo, borra gradualmente en las almas los principios de las virtudes evangélicas, que lo son tambien de las virtudes sociales, á saber, la humildad, la austeridad y el desinterés. Al paso que pule la superficie de las cosas y embellece el exterior de los hombres, destruye enteramente todas las virtudes enérgicas, todas las grandes cualidades, todas las nobles aspiraciones, todas las ambiciones sublimes y santas, envilece á las almas, enerva los caractéres, y hace á las generaciones mandrias y á los pueblos poltrones; por manera que, en el idioma de los pueblos, el lujo, la pusilanimidad y la poltronería son palabras casi sinónimas, que bajo ciertos matices designan el mismo fondo de las cosas y la misma miseria de las almas.

Y siendo esto así, ya no es difícil entender por qué en la historia de los pueblos mas ilustres se ha visto constantemente, que el exceso del lujo era el preludio de la caída de los imperios. Testimonio de ello son la Asiria, la Persia, la Grecia y Roma; y la historia moderna responde al testimonio de la antigüedad, amenazando con las mismas ruinas ocasionadas por los mismos excesos. La filosofía de la historia, al examinar estos dos fenómenos que se encuentran regularmente en los mismos puntos de la historia, á saber, el desenfreno del lujo y la decadencia de los imperios, puede enhorabuena promover la cuestion para indagar si el lujo es una causa, ó si no es mas que un efecto de esta decadencia : yo opino que es lo uno y lo otro; pero que sea causa ó que sea efecto, las dos cosas se dan la mano y andan juntas á la luz de los

siglos, *el desarrollo inmoderado del lujo y la decadencia de los imperios.*

¡Y vosotros quisierais extender indefinidamente el lujo, es decir, precipitar con él la accion de todas las causas que degradan á los hombres y hacen caer los imperios! Está muy bien : entónces id desde luego, y haced que vuestra idea domine á todo el mundo; id, desplegad mas y mas el lujo. ¿Y qué sucederá? Crecerá el orgullo, crecerá el sensualismo, crecerá la codicia. ¿Es esto verdad? ¿sí ó nó? ¡Pero, qué! á esas tres bocas voraces de la concupiscencia vosotros echais su natural alimento; ¿y creéis por ventura, que esa hidra no alargará mas esas tres cabezas que devoran á las sociedades de la misma manera que devoran á los hombres? Vamos, vamos, continuemos añadiendo siempre á la brillantez de nuestros vestidos, á la delicadeza de nuestras mesas y á la esplendidez de nuestras habitaciones : ¿qué ganaremos en ello? Voy á decíroslo : seremos mas orgullosos, mas sensualistas, mas codiciosos, es decir, mas ingobernables, mas desmazalados y mas egoistas. ¡Y con todo eso quisierais hacer progresos! ¡Qué! ¡progresos con el orgullo, progresos con la codicia, progresos con el sensualismo, es decir, progresos con todas las causas de decadencia! Pero esto es insultar á la razon, á la naturaleza y al buen sentido.

Pero supongamos que así sea : ¿y la historia, acaso teneis la pretension de insultarla tambien de lo alto de vuestros sistemas insensatos? ¿Creéis por ventura, que para dar razon á vuestros sistemas borrará ella las grandes lecciones que ha escrito contra vosotros en la página de los siglos? ¿Le haréis tal vez decir lo contrario de lo que ella ha dicho? O bien ¿convenceréis de locura á los siglos por haber hallado su decadencia en el camino en qué vosotros os jactais de hallar el progreso? ¡Insensatos! vuestros desvarios pasarán, y las realidades son permanentes : vuestros sistemas se desvanecerán, y la historia vivirá. Ella continuará haciéndose de vuestros propios destrozos y de las ruinas de vuestras ideas; y levantada sobre el polvo de vuestros sistemas, si es que el mundo se deja embaucar por vosotros, ella contará lo que ha contado siempre : las sociedades arrastradas á la decadencia por el exceso del lujo, y conducidas á la muerte en la magnificencia de sus atavíos, como víctimas adornadas para la hora de la inmolacion. Y ved por qué, cuando la Escritura profetiza la ruina de